

debate feminista lamenta profundamente la pérdida de Barbara Beck, enamorada de México, compañera, colaboradora e incansable defensora de los derechos de los más marginales.

Barbara Beck falleció en Berlín el 12 de marzo de 1997

desde lo cotidiano

Culturas de la imagen: los fugaces placeres de la vida cotidiana

Mabel Piccini

I. Territorios olvidables

1. Pensar lo cotidiano

Desde hace un cierto tiempo diversas disciplinas sociales, antropológicas, históricas y también filosóficas, han dado particular relieve al estudio de la vida cotidiana, sus ritmos y las fugaces pero perdurables obras y acciones que hombres y mujeres, en una suerte de anonimato colectivo, construyen en diferentes realidades. El estudio de la vida cotidiana ocupa en la actualidad una vasta bibliografía.

Con esto se produce un giro en los estudios tradicionales de las disciplinas sociales: del análisis de la producción al del consumo, de la exploración de los poderes oficiales —o del estado— al estudio de las microfísicas de las realidades "menores" (y la constitución de los sujetos) que sirven de subsuelo a la historia o a la administración global de las sociedades. En otros términos, se trata del rescate de las voces de lo que David Riesman, desde una perspectiva totalmente diferente, designaba hace muchos años como las *mayorías silenciosas*.¹

Investigaciones de esta naturaleza entrañan algunos problemas. En principio por la imprecisión misma del objeto que se designa al enunciar un primer propósito: el que remite a la llamada vida cotidiana. ¿Cuáles son sus límites, su radio de acción, sus agentes específicos? ¿Qué relación guarda la vida cotidiana con la esfera de lo privado y con la esfera pública? ¿Cómo entenderemos estas esferas en el orden repetitivo de todos los días?

¹ David Riesman, *The Lonely Crowd*, Doubleday Anchor Books, Garden City, 1950.

Lo cotidiano, aunque se manifieste como objeto de cierta indeterminación parece ser, sin embargo, motivo de análisis y demarcación. Históricamente existe algún consenso en designar este espacio como el ámbito familiar en el que se materializan, con ritmos de relativa regularidad, ciertas prácticas de las escenas domésticas y la intimidad; algo así como el individuo frente al estado o los poderes públicos. Se trata de un territorio marcado por rutinas y actos fragmentarios que tienen un alto nivel de automatización: estamos ante acciones aparentemente imperceptibles de alta repetitividad —y eficacia— que cumplen, tanto como infraestructura como dimensión simbólica, la tarea de sustentar los edificios sociales. La propia "naturalidad" con que se efectúan estas prácticas las vuelve a menudo invisibles, como bien lo ha probado la teoría feminista.

Desde otras perspectivas, se suele postular que no existe *una* vida cotidiana o una esfera común así designada para las diferentes clases y grupos, sexos y edades, o para diferentes culturas y épocas históricas. Por el contrario, estas propuestas tienden a proponer la categoría de "lo cotidiano" como el resultado de una modalidad de clasificación simbólica que los propios sujetos realizan con respecto a determinadas acciones de la vida social. Según este enfoque, aquello que es caracterizado como "lo cotidiano" corresponde a un trabajo de interpretación, consciente o inconsciente, que diferentes culturas, nacionalidades, etnias, clases o grupos entienden o clasifican como tal a partir de sus prácticas concretas y sus experiencias de vida.²

Por su parte, variadas corrientes del feminismo, así como otros enfoques dedicados al estudio de las marginalidades y las culturas populares, parecen haber suscrito un consenso en torno a lo familiar y doméstico —el campo de la reproducción de los individuos particulares, diría Agnes Heller— como la esfera de lo cotidiano o de la vida privada en contraposición a la vida pública. Por el momento prefiero detenerme en estas clasificaciones tradicionales, sin perjuicio de un análisis más detallado del tema a partir de la exploración que se realice de la propia idea que los protagonistas tienen acerca de la cotidianidad, así como de

² Acerca de estos temas puede consultarse el capítulo, "Estudiar la vida cotidiana", del libro de Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política*, Fondo de Cultura Económica, Chile, 1990.

lo privado y de lo público, y de las clasificaciones que efectúan, desde cualquier modalidad interpretativa, sobre estas categorías.

En este punto es preciso hacer todavía otro señalamiento. Las prácticas culturales parecen cubrir casi todos los aspectos de la vida, los comportamientos y las representaciones de los sujetos, si las entendemos desde una perspectiva antropológica. En este universo, de gran interés para los estudios de género, hay un aspecto que considero de especial relevancia y que es uno de los objetivos centrales de este ensayo. Me refiero a las transformaciones operadas en la esfera de lo privado/público por el acelerado desarrollo de las tecnologías electrónicas y sus repercusiones en el campo de las prácticas culturales entendidas tanto en un sentido restringido: uso, apropiación, desciframiento y modos de empleo de dispositivos y mensajes, como en un sentido amplio. Con respecto a este último campo habría que proyectar otras interrogaciones que abarcan las trayectorias individuales y familiares en relación a la vida colectiva y a la existencia de las colectividades. Me interesa, en particular, investigar la naturaleza de estas transformaciones, su incidencia en el ámbito familiar y las modificaciones que propician en la trayectoria de las mujeres y del grupo de pertenencia: rutinas de sobrevivencia, uso de la ciudad y el tiempo libre, vinculación con las esferas de la cultura y la política, el entretenimiento y la información.

La invisibilidad de muchas actividades femeninas, sobre todo en el plano de la reproducción de la vida material, parece tener su correlato en la invisibilidad de las prácticas que atañen a la exposición a los medios y terminales audiovisuales (en particular radio, televisión, cable, vídeo, computadoras y vídeo juegos). Es posible imaginar que estas prácticas, que pueden designarse como prácticas de desmaterialización, definen una nueva modalidad de aproximación a la cultura convertida, ahora, en enclave doméstico; lo que determina, con toda probabilidad, la aparición de nuevos comportamientos sociales. Como se sabe, se están operando conversiones de alguna relevancia por la implantación de las redes audiovisuales; en particular se transforman las modalidades de vinculación social y las relaciones con el territorio y la vida urbana, lo que implica una suerte de desplazamiento de la vida pública hacia la esfera de lo privado. Pero también de desterritorialización de las relaciones sociales. Es de prever que el universo tradicionalmente habitado por las mujeres se transforme con estos enclaves, que la condición íntimamente política de lo privado asuma nuevas dimensiones y otra significación.

Se podría agregar que estos dispositivos tienden asimismo a modificar los regímenes de visión y la propia habitabilidad de los espacios íntimos, sus redes afectivas y materiales de vinculación y las propias rutinas de los sujetos, promoviendo, con cierta posibilidad, lo que Richard Sennett ha denominado, hace ya varios años, la aparición de la *familia intensa*, otro tipo de enclave afectivo y de relación doméstica.³ Si la mujer, en el sentido que el feminismo ha descubierto con todo rigor, es el sujeto activo de este ámbito, podría señalarse que es por eso mismo sujeto privilegiado para el análisis de las nuevas tecnologías culturales.

Ciertamente, no querría dejar de lado que en estas transformaciones de la vida privada (sobre todo en lo que concierne al consumo cultural) los procesos acelerados de urbanización en las últimas décadas cobran un importancia radical para definir comportamientos y usos del espacio. Es un fenómeno de carácter universal, pero adquiere señas, trazos y rasgos específicos en el caso de México como ejemplo de crecimiento no planificado por el cual la ciudad hoy puede definirse como la metáfora de los sincretismos y mestizajes que atraviesan todo el país. En este sentido, el efecto de la urbanización anárquica parece encontrar un correlato de alta eficacia en el tendido de las redes electrónicas o, si se quiere, para decirlo de otro modo, esta expansión vertiginosa de las tecnologías culturales tendería a atenuar, material y simbólicamente, las intensas fracturas que marcan la vida de la ciudad reestableciendo paulatinamente, aunque sea a través de los satélites y la transnacionalización de los signos, los lazos sociales y comunitarios.

Estos regímenes de visibilidad de los dispositivos audiovisuales son, como lo sugerí anteriormente, sistemas que definen la habitabilidad de los espacios. Por eso es posible hablar de territorios televisivos, aquellos lugares en los que las sociedades actuales pasan la mayor parte de su tiempo. Estos nuevos territorios forman un círculo sobre las sociedades íntimas: la familia, los micromedios, a la vez que iluminan con nuevos matices las escenas de todos los días y, sobre todo, redefinen los espacios de la mujer y el alcance de sus acciones. El objeto técnico y sus proyecciones simbólicas cambia nuestra relación con el espacio y aquí, en este punto, cabe recordar el carácter móvil de los territorios audiovisuales, su esencia íntimamente fragmentaria, su condición perecedera. O, de

³ Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 1975.

otro modo, su cualidad desmenuzable, compuesta de estados frágiles, reversibles que se implantan, precisamente, en espacios de extrema solidez como son los que componen la vida cotidiana y las relaciones familiares, con su perseverancia o su relativa inercia.

2. *La vida de todos los días: de la invisibilidad de las prácticas*

Las tecnologías de la imagen, por imantar estas zonas, las más proclives a la persistencia y la acumulación, tienen como objetivo producir integración y, por lo mismo, procuran una distribución del territorio, reorganizando el espacio y el tiempo. Tienden, por fin, como otros equipamientos colectivos, a fijar todo aquello que es capaz de fluir. La televisión y sus tecnologías adyacentes representan una codificación de las disciplinas de una época: instituyen, en los espacios más efímeros de la vida social, una manera de diagramar las trayectorias de individuos y grupos: la vida íntima y la pública, el tiempo libre y el tiempo de trabajo. En este sentido, exhiben una marcada tendencia a recluir y a encasillar los flujos poblacionales en determinados espacios y a fijar y regular los ritmos temporales de la vida cotidiana. Por empezar, distribuyen las masas de población en espacios localizados y bajo control, promoviendo la concentración de los cuerpos en un ámbito de fluidez relativa: la familia, la casa.

Lo que se impone son nuevos regímenes de visibilidad y de enunciación; en su máxima latitud: otros estilos de vida. No solamente porque estos dispositivos pueblan e iluminan con paisajes inesperados —lo distante— las rutinas invisibles, estableciendo un contacto con el exterior, con el mundo, sino porque emplazan otras formas de subjetividad al construir, en ese mismo movimiento, los sujetos de la visión y las disciplinas que permiten materializar ese contacto.

No es sólo lo que se ve en las pantallas lo que propone este régimen de visibilidad, sino el conjunto de vínculos que los dispositivos audiovisuales establecen en los órdenes casi olvidables de todos los días y en las acciones de sus habitantes. Como lo ha sostenido Deleuze, "las visibilidades no se definen por la vista sino que son complejos de acciones y de pasiones, de acciones y de reacciones, complejos multisensoriales que salen a la luz".⁴ Lo que se ve no es sólo lo que las pantallas dejan

⁴ Gilles Deleuze, *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 1991, p. 87.

ver o encuadran como visible, sino que es el resultado, también, de las propias acciones que materializan esa visibilidad: una disposición, una disponibilidad, una manera de estar pendiente de las solicitudes de la imagen, una condición de entrega que es casi indisociable del propio dispositivo, como lo vimos antes. Y en esto radica la centralidad de las culturas de la imagen.

La televisión y otros archivos audiovisuales son modalidades de recaptura y perfeccionamiento de los lugares de anclaje de los cuerpos. Este es el punto que me interesa subrayar. Las máquinas de visión: ¿una nueva visión del mundo? y, sobre todo, ¿una nueva manera de habitar este mundo? Las máquinas de visión ¿el nuevo territorio de las mujeres, o al menos de la mayoría? En lo particular, como es obvio y por lo que esta visibilidad deja ver, estos dispositivos, en su calidad de terminales domésticas, instituyen sistemas de reclusión en las esferas íntimas a la vez que propician la transformación de los vínculos en los ámbitos familiares. Refuerzan un estilo de vivir estrechamente ligado a los ritmos domésticos de la mujer y a los rituales de la vida cotidiana. A la vuelta de los tiempos la consigna feminista de la primera hora, "lo personal es político", adquiere nuevas resonancias y, a la inversa, lo político, las políticas de comunicación dirigidas a los enclaves domésticos, se convierten en personalidad, en escena y actuación individual y, de un modo relevante, en el lugar de las mujeres.

En ese espacio que es también descentramiento de tradiciones y formas de vida —si se quiere, de múltiples tradiciones comunicativas, lingüísticas y narrativas a través de las cuales se pretendía dar una forma al sentido y al sentido de la existencia— las mujeres, como lo decía, ocupan un lugar esencial. A mi juicio, y ésta es la base de mi argumentación, los segmentos femeninos son los principales destinatarios de las estrategias que definen día a día los nuevos sistemas de comunicación a distancia con los diferentes registros de la realidad —el sueño, la ficción, la fantasía— o los acontecimientos que a través de la toma directa instalan el mundo en la casa. Y, como extensión, estas culturas reestablecen, de nueva cuenta, los espacios de clausura, del claustro y, en un sentido amplio, del encierro en las fronteras domésticas.

Porque las escenas casi invisibles de la vida cotidiana, espacios tradicionales de la mujer y, en rigor, *los espacios de la mujer*, sufren en la actualidad con estos dispositivos una transformación paradójica: a la par que se produce un aumento de lo privado se vive la ilusión del contacto

pleno con el mundo. A partir de las modernas tecnologías audiovisuales no sólo se diseñan fronteras móviles para el territorio habitable —el adentro y el afuera, lo visible y lo invisible, lo próximo y lo lejano, lo público y lo privado, la ficción y la realidad— sino que se desplazan, hasta cobrar un nuevo sentido, los movimientos y rutinas cotidianos, los trabajos y los encierros de todos los días, la comunicación íntima y las redes familiares.

Por de pronto es evidente que la centralidad que van adquiriendo estas tecnologías y disciplinas en la vida cotidiana produce, como lo decía, un descentramiento gradual de las operaciones familiares tradicionales y dentro de éstas las que definen los roles consagrados de la mujer. Arraiga los cuerpos a los intercambios espaciales y temporales más inmediatos: define tiempos y espacios de escucha y visión para los diferentes integrantes del círculo familiar; transforma las economías domésticas, los tiempos de trabajo y el tiempo libre; se apega a las rutinas cotidianas a la vez que les confiere un nuevo sentido con esta presencia del mundo en la casa. Reitero, pues, en esta reorganización de la vida cotidiana las terminales electrónicas son en buena medida una apelación constante al mundo de las mujeres en su condición de regentes de los espacios privados. Aunque la mayoría de estos segmentos desarrollan crecientemente actividades fuera del hogar, por lo general cumplen dobles y triples jornadas de trabajo en la propia casa. Entre sus tareas invisibles hay que agregar ahora la administración de las nuevas redes culturales, de sus mensajes y señales, de un sentido de la información y la educación, del ordenamiento de los tiempos cotidianos y de las gratificaciones de la televisión para el conjunto del grupo familiar y para sí mismas.

En algún sentido asistimos a una realidad inquietante que ahonda la escisión tradicional por la que las mujeres viven los mundos posibles y, sobre todo, el adentro y el afuera. Ahora, el mundo como territorio de la experiencia directa parece ceder paso al mundo como contacto a distancia; las relaciones interpersonales cobran nuevas dimensiones y en ocasiones son diferidas. *El mundo vivido* es, en buena medida, *el mundo visible* gracias a los artificios de la técnica; se trata ya de un universo que se convierte en objeto de visión y, en el último de los casos, en objeto de contemplación. Entre tanto, la esfera de lo público se convierte gradualmente en imagen de lo público o simplemente en relato de lo que acontece fuera y que se integra, sin sobresaltos, como una secuencia

más dentro de las escenas de la vida privada. Los modernos circuitos de comunicación a distancia implican un nuevo contacto con *lo otro* y con *el otro*. De lo que se trata ahora con sucesivas innovaciones es de extender y de miniaturizar el tráfico de desmaterialización que inauguró el cine como nuevo mercado industrial que a diferencia de los demás no produce materia, sino luz.

Por lo demás, cabe añadir que, a diferencia de otras prácticas culturales que requieren de una disposición y selección razonada de los usuarios, los medios audiovisuales apelan básicamente a los tiempos intersticiales de las mujeres, aquellos que surgen como detenimientos momentáneos en medio de las actividades de reproducción material y afectiva de la vida familiar. Apelan a su condición de amas de casa, de madres o de hijas, en general a todos los roles tradicionales, acompañando las operaciones automatizadas, repetitivas, de todos los días, con respuestas que se atienen a estas rutinas mediante la fidelidad a lo inmediato y un apego permanente a los ritmos cotidianos. En este sentido, los ritmos, sintaxis y esquemas narrativos de la televisión establecen una profunda intimidad con los rituales familiares, no solamente por su *ritmo* definido por la velocidad, el fragmento, las fracturas en la continuidad, sino también porque proceden a partir de un conocimiento razonado de los lenguajes del sentido común y de la legitimidad de ciertas prácticas de la vida invisible, rutinaria, de todos los días.

Hay que agregar a lo dicho que los discursos televisivos se caracterizan por la ausencia de clausura o, por lo menos, por la intención de negar toda forma de clausura, lo que representa una proclividad a prolongarse hasta el infinito.⁵ Este discurso sin límites, sin comienzo ni final, porque es de una fluencia ininterrumpida, presenta por estas características un isomorfismo con las rutinas de la vida doméstica. Es un juego de espejos en el que se juegan los trabajos sin final, los quehaceres que una vez resueltos comienzan nuevamente por el principio y que encuentran un atenuante en esta proyección de las imágenes. También son los efectos de desplazamiento, la huida del sentido, ese estado de deriva de las imágenes, lo que permite poner bajo un cono de luz la propia condición efímera, perecedera de los trabajos femeninos, donde

⁵ Jesús González Requena, *El discurso televisivo* —Espectáculo de la posmodernidad, Cátedra, España, 1988.

la fluidez —de las imágenes— de los quehaceres— van en sentido contrario a la acumulación.

Por lo tanto, cabría agregar que la inclusión de la perspectiva de género en este tipo de estudios no significa un añadido a los estudios tradicionales, ni comporta aislar arbitrariamente a un segmento de la población para examinar sus tendencias, hábitos o comportamientos. Creo, por el contrario, como he intentado sugerirlo, que esta perspectiva surge como resultado del examen del conjunto de los elementos que van definiendo las nuevas topologías políticas y culturales de nuestras sociedades. Y este universo, de paulatina privatización de las relaciones simbólicas, se configura a partir de muchas de las invisibles acciones de las mujeres. Aunque resulte paradójico, cabe plantearse, en las actuales circunstancias en que los procesos de modernización redefinen los espacios privados, el papel protagónico de la mitad del cielo. La invisibilidad de las actuaciones de las mujeres, el anonimato que rodea estas acciones, es justamente el punto que un análisis político de los nuevos sistemas de acción comunicativa debería tomar en consideración.

II. Acerca de los gustos y estilos de vida: el control subterráneo

1. Notas del trabajo de campo

En relación con este ensayo cabe aclarar que las ideas que estoy exponiendo son el resultado de una investigación etnográfica realizada con sectores populares de la ciudad de México. Es éste el horizonte sobre el que se despliegan las exploraciones anteriores como también las preguntas que quiero formular a continuación.⁶

En primer lugar, la cuestión es saber si existe una *reapropiación imaginaria* de las representaciones televisivas, o si se manifiesta una cierta creatividad en las tácticas de los usuarios para elaborar lecturas y

⁶ El estudio de campo consistió, a grandes rasgos, en observaciones directas y entrevistas en profundidad con 20 familias, la mayoría de sectores populares y, como contraste, con algunas de sectores medios. A la vez, se seleccionaron unidades que radicaran en diferentes puntos de la ciudad y también se consideró la pirámide generacional en el núcleo familiar, entre los 18 y 60 años aproximadamente. En circunstancias en que fue posible también se incorporó al estudio a la población infantil.

respuestas ante la proliferación de los mensajes audiovisuales. Y en un segundo orden de ideas, se trataría de analizar el efecto de desterritorialización que las culturas de la imagen pueden producir en los destinatarios. ¿La aparente multiplicidad de los mensajes audiovisuales favorece en realidad la apertura a otros mundos, los que habitualmente se designan como los de la globalización? ¿Es que asistimos a la posibilidad de vivir experiencias multiculturales, "polifonías", sincretismos, ante estas redes que proyectan supuestamente diferentes códigos simbólicos y registros culturales?

Si es que existe una reapropiación por parte de los sectores populares de los bienes multiculturales de la posmodernidad, ¿en qué términos se produce dicha reapropiación? ¿Se renuevan y transforman las identidades en los nuevos escenarios comunicacionales en los que se desvanecen las fronteras territoriales y simbólicas? ¿Es posible hablar de culturas híbridas (para todos)? Y en caso positivo, ¿es posible definir sujetos que pueden trascender los límites y limitaciones urbanas y los de las culturas de la pobreza para inscribirse en el orden de la hibridación de estilos de vida, formaciones simbólicas, rituales del orden cotidiano?

Creo que las escenas multiculturales de las ciudades periféricas, en particular, pueden ser concebidas como efecto de conjunto y de la enorme superposición de geologías simbólicas que se manifiestan en los nuevos espacios sin fronteras. Resulta menos convincente pensar la multiculturalidad como lo propio de todos los sectores sociales o al ensamblado multinacional como un montaje de rasgos que cualquier ciudadano de cualquier país, etnia, sexo, religión o ideología puede leer y usar.⁷

En este punto me parece necesario volver sobre algunas de las categorías sobre la distinción que Bourdieu acuñó para entender los estilos de vida y los gustos de diferentes sectores sociales en Francia.⁸ Aunque las distancias culturales son enormes, sus perspectivas, no sólo teóricas sino metodológicas, pueden iluminar, de otra manera, las experiencias de vida, el uso del tiempo y el espacio, las prácticas cotidianas y los gustos de amplios sectores entre marginales e integrados de la ciudad de México. Naturalmente, me estoy refiriendo a las

⁷ Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos — Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995, p. 16.

⁸ *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1988.

mayorías silenciosas, al individuo de la calle, el que vive amarrado a las rutinas cotidianas y, en especial, a las rutinas de sobrevivencia, espacios de las historias menores, aquellas que apenas dejan huella ante los grandes episodios de la vida social.

En los trabajos de campo que cité anteriormente, en particular los relatos de vida de familias de sectores populares que habitan en la ciudad de México, los resultados de numerosas entrevistas y prácticas de observación parecen confirmar, en la mayoría de las dimensiones de la vida cotidiana, lo que podríamos designar como la presencia generalizada de *las culturas de la privación*. Con matices de diferencia —que son el intervalo que distingue a sectores de clase media (sobre todo los "ilustrados") y los sectores populares en su intrincada heterogeneidad— encontramos en la mayoría de las familias entrevistadas una especie de *afinidad de estilo* en las que unas y otras pueden reconocerse como en espejo. Las variaciones no son significativas, antes bien ratifican la obligada repetición de ciertas prácticas que excluyen, en ocasiones, la posibilidad de una elección crítica y razonada. Porque, y en esto coincido con Bourdieu, si los estilos de vida y los gustos, como categorías típicamente burguesas, suponen una libertad de elección, ¿cómo concebir entonces el gusto por necesidad; el que es el resultado de la privación de la posibilidad abierta de elecciones?

La investigación en curso pretendió rastrear aspectos múltiples de la vida cotidiana, entre la realidad y el deseo. De la infinita riqueza de estos relatos, que están en un fase preliminar de estudio querría retomar algunas dimensiones aunque sólo sea a título de ilustración para culminar este ensayo.⁹ Tomaré en cuenta, en las voces de las protagonistas, aspectos relativos a las rutinas diarias y su régimen de servidumbres,

⁹ Quiero aclarar que el trabajo que presento en este apartado tiene objetivos muy limitados y no da cuenta de lo que se pretende realizar en las fases siguientes del proyecto. Aquí el único valor de los "testimonios", que no son exhaustivos con respecto al universo estudiado, es situar un conjunto de problemas de manera preliminar. Por lo tanto, lo que planteo son "notas", observaciones y algunas "ocurrencias" que no trascienden ese nivel. No hay por lo tanto un estudio más detenido de los discursos y de las condiciones de su posibilidad en el marco de las familias y sus referentes socioculturales, tampoco me detengo en comparaciones entre las diferentes familias y sus estilos de vida, entre las generaciones o entre hombres y mujeres de diversas edades y capitales culturales, para señalar sólo algunos de los propósitos que figuran en el proyecto.

las trayectorias por la ciudad y el uso del espacio urbano, los tiempos de libertad y la vida intersticial, la implantación de las redes audiovisuales en los espacios íntimos y la conexión con el mundo exterior, entre otros, a modo de empezar a responder, aunque sea mínimamente, las interrogaciones planteadas al comienzo de este apartado.¹⁰

2. Rutinas

La descripción de las jornadas diarias adquiere en estas historias un carácter especial. De algún modo, los relatos son intercambiables si los despojamos de aquellos rasgos más puntuales que, en cada caso, atienden a la singularidad de determinadas ocupaciones o rutinas. Lo común es su carácter altamente repetitivo, la minuciosidad con que se refiere cada movimiento del día, y sobre todo, una suerte de distancia que las mujeres imponen ante sus narraciones, como si la suya fuera una mirada ajena de casi total desapego frente a lo que es su propia acción (o experiencia). Ciertamente, a medida que decrecen las edades es posible advertir que las más jóvenes expresan alguna forma de resistencia ante la violencia urbana de sus trayectorias y regímenes de vida.

Estamos ante la redundancia de lo vital. Un exceso de sentido que supera cualquier posibilidad, o deseo, de explicación o interpretación por parte de las protagonistas. Esta redundancia también puede ser entendida, y probablemente lo sea para la mayoría de las mujeres que entrevistamos, como lo que está en la naturaleza de las cosas y que, a veces, aunque no sea perceptible ni se vuelva consciente, se expresa como una violencia inerte puesto que ocurre con la persistencia de lo cotidiano y, por esa misma regularidad, pasa al terreno de lo aceptado casi sin cuestionamientos. La naturaleza de las cosas —destino, condena o una especie de fatalidad— es ideología corriente en estos relatos.

¹⁰ Las mujeres que hablan en las páginas siguientes son amas de casa en todos los casos aunque trabajen fuera del hogar, madres e hijas de familia, casadas y solteras con hijos de diferentes edades; la mayoría procede de otros estados de la república en primera o segunda generación; viven en diferentes colonias de la ciudad, en el radio de todos los puntos cardinales; sus ocupaciones son diversas: trabajadoras por cuenta propia, comerciantes en pequeña escala, empleadas domésticas, obreras, vendedoras ambulantes, profesionales que empiezan modestamente a iniciar sus carreras, estudiantes de preparatoria y de la universidad. Poseen diferentes niveles educativos y fluctúan entre los dieciocho y cincuenta años de edad.

Sin embargo, el paso de lo privado a lo público, en el caso de las mujeres que trabajan o estudian, es a menudo insoportable; aunque no sea dicho de manera explícita resuena como línea subyacente en todos los relatos. Esta transición —intervalo que podremos llamar trayecto— es el que enfrenta todo ciudadano desde el momento que abandona su hogar y acomete la travesía a los lugares de trabajo. Es posible seguir un curso de presiones en la obstinada repetitividad con que se describen los itinerarios, el imperativo de la exactitud, el temor a perder el autobús, el pesero o el metro o a un posible embotellamiento. El tiempo que lleva dejar un transporte para abordar otro, el siguiente, y llegar justo a la hora, la forma de cronometrar el tiempo desde que se sale de la casa, habiendo cumplido con los interminables preparativos familiares del viaje, y la llegada al trabajo. Y luego la trayectoria inversa hacia el "refugio" de la casa. En contraste con la intimidad del hogar, cada salida a la ciudad es una brusca zambullida en un espacio público indiferenciado, poco amistoso, incluso hostil. No es una transición, sino un salto. "Todas estas presiones convierten a los individuos en seres perfectamente anónimos y solitarios".¹¹

¿Podría contarme qué es lo que hace en un día corriente de la semana? es una de las preguntas que, con los matices del caso, y las modulaciones propias de una plática informal, fue formulada en las diversas entrevistas.

Catalina Ruiz de Plata es obrera, esposa de obrero y ama de casa, tiene cuarenta y siete años, ha cursado la primaria, tiene siete hijos y representa un ejemplo ilustrativo de estas situaciones extremas que no dicen su nombre:

Me paro a las cuatro y media unos días, otros días a las cinco, depende si me gana el sueño; primero, pues, me baño, despues, pues, empiezo a sacar la ropa de mi esposo, la que se va a poner, la que me voy a poner yo, arreglando lo que me voy a llevar de comida, él también lo que se va llevar, si va a desayunar *y ya se va el tiempo, y ya*. Eso lo hago hasta la siete de la mañana; entro a las ocho a trabajar, me voy una hora antes porque luego hay mucho tráfico. Soy supervisora en una fábrica de ropa, y, este, bueno, en mi trabajo estoy nueve horas, entro a las ocho y salgo a las seis de la tarde; *bueno en realidad son diez horas pero como es una hora para comer, pues son nueve horas las que estoy en mi trabajo y, bueno, pues, el ambiente de mi trabajo está bien, pues,*

¹¹ *Historia de la vida privada. La vida privada en el siglo XX*, volumen 9, bajo la dirección de Philippe Aries y Georges Duby, Taurus, Madrid, 1991, pp. 115 y 116.

es agradable. Tomo dos peseros de regreso y luego ya camino a mi casa; llego a las siete de la noche, después ya descanso un poco, luego ya me pongo a ver que voy a preparar, o si hay de cenar, ver un rato la tele y más o menos me acuesto, como a las once, once y media, a esa hora.

Aunque no se lo reconozca, o de otro modo, se lo desconozca como sistema de sobrevivencia, el cuerpo fatigado¹² es particular de las grandes ciudades y de las trayectorias por estos territorios. La extenuación física y nerviosa debida a la actividad desmultiplicada en estos espacios en la que las energías se pierden en todos y cada uno de los movimientos conduce a una especie de *estado de ingravidez*. El "vacío" se instala en los cuerpos y las almas... La somnolencia, latente o manifiesta, es también una manera de negociar el absurdo de las vidas que no sólo están marcadas por la tensión sino por la repetición de gestos y acciones. La ingravidez, la somnolencia, son modalidades de negación del peso de lo real, de modo de llevarlo a un punto en que la fatiga es admisible o, al menos, puede ser soportada dentro de las rutinas cotidianas.

Estoy corre y corre todo el día, mi vida es así... y llegan ellos, los rriiros... y haz de cuenta que todo lo que hiciste en la ma'ratra se echó a perder... cuenta Chela González (33 años, casada dos veces, tres hijos, ama de casa con trabajos ocasionales, enfermera). Verónica Morales (23 años, vendedora ambulante, casada y con dos hijos pequeños) refiere una historia parecida: *A veces me canso mucho... De por sí a ellos (sus hijos) cuidarlos es muy cansado... Cuando vengo muy cansada los duermo, eso sí... y yo también me echo un sueñito.*

Sobrevivir, ¿cómo sobreviven los marginados?: los marginados, es decir, casi la mayoría de la población en nuestros países. Esa es la única realidad sobre la que puede pensarse la cultura (¿o habrá que escribir *La Cultura?*), una red de privilegios que al definir el gusto y los estilos de vida, también está definiendo —junto con las jerarquías que separan y aseguran las diferencias entre los que detentan el poder y los que no lo tienen— los horizontes de vida de la mayoría de la población. Que es decir, para no entrar en los datos escuetos y decisivos de la economía: la vida con algún sentido, la fantasía, los sueños, la ficción, la sociabilidad

¹² Alain Mons, *La metáfora social*, op. cit, p. 189.

entre los individuos. ¿Hay un gusto por las cosas de primera necesidad? ¿Cuáles son las necesidades primeras?, ¿las que tienen prioridad? No hace falta dar respuestas. Habría que preguntarse cómo se vive en un espacio que se estrecha día a día en el que sólo, *solamente*, hay que dar respuestas de primera necesidad.

3. Las amenazas de la ciudad

Rutas fijas

Sofía Alcalá de Martínez (50 años, posee una pequeña tienda de ropa, ha cursado la preparatoria y tiene tres hijos mayores) puede atestiguar, como protagonista, algunas de las modalidades que asume el reflujo de la vida urbana en los tiempos que corren y paralelamente los modos de empleo de los tiempos intersticiales: *cuando fui joven, mira, caminé y recorrí toda la ciudad, así que definitivamente te puedo decir que conozco toda la ciudad, pero así como para recorrerla de visita de plano no, se me hace como que ya no tengo tiempo para eso...*

Esta respuesta se inscribe en el conjunto de preguntas que efectuamos con el fin de explorar los usos de la ciudad, modos y estilos de habitarla, el conocimiento del espacio urbano y, si acaso, de los sitios de esparcimiento y cultura colectivos. Nos importaba diseñar el trazado de las travesías públicas porque partíamos de la hipótesis de que vivimos en una ciudad que produce toda suerte de deslocalizaciones en sus habitantes. La dispersión de los espacios urbanos produciría nuevos estilos de desocialización de las prácticas colectivas y un sentimiento de extranjería en la mayoría de la población. De tal modo, la ciudad realmente habitada en la actualidad, pensábamos, se mide por el intervalo existente entre los espacios de trabajo, la colonia donde se vive y que se prolonga, en algunas ocasiones, en otras colonias donde se sitúan los integrantes de la familia extensa y algunos escasos lugares públicos de esparcimiento, por lo general dentro de los límites ampliados de la colonia.

En casi todos los relatos (sobre todo en las generaciones adultas, las madres dentro de nuestro universo) lo que resalta, como lo vimos, es la descripción minuciosa de los recorridos y las rutas de los peseros, los microbuses y el metro, los viajes a tiendas de autoservicio o los recorridos a los tianguis, o lisa y llanamente, la necesidad de prescindir, en lo posible y hasta donde se puede, de las salidas o el movimiento hacia el exterior. Las respuestas son expresivas: *si me preguntas si recorro de la ciudad, te puedo decir que recorro todas las estaciones del metro, cuenta Sofía.*

De la ciudad, si quieres que te sea franca, lo que más he frecuentado es Gigante... voy seguido a comprar... también la Comercial Mexicana... y ahorita pues nada más vamos al centro a comprar ropa y antes a comprar libros. Y, a la Merced, la verdad es que voy por cebollas y por verduras... es la muy precisa descripción de Ponciana Salas de Rosas, esposa de obrero, ama de casa, cuatro hijos, 50 años y con una trayectoria cultural muy distante a la de Sofía.

La ciudad conocida, en mujeres de esta generación y de estos sectores sociales, es la de antes. La ciudad de hoy es un lugar para recorridos precisos, un conjunto de espacios fragmentarios que no son motivo de elección sino, en la mayoría de los casos, respuesta a necesidades materiales y a los regímenes de movilidad impuestos por el trabajo y la sobrevivencia. Los ritmos urbanos parecen, pues, estar íntimamente vinculados a estos quehaceres: la ciudad para los recorridos libres tiene, según esto, una importancia cada día menor en las experiencias y sentimientos de sus habitantes.

La ciudad no es la de antes no sólo porque su expansión descontrolada borra toda posibilidad de reconocimiento por parte de los habitantes —no hay un espacio común aparte de las demarcaciones institucionales— sino también, como lo veremos, porque las redes audiovisuales producen una nueva configuración del territorio social. El hábitat —la casa— ya no es un núcleo reducido a los intercambios más inmediatos: a partir de la televisión ese espacio nuclear estalla hacia dimensiones planetarias: *la vida está y no está en otra parte* y el efecto de las pantallas amplía el desconocido mundo, el mismo que con su furor desalienta a la habitante de las grandes ciudades. *De las cosas que hago el fin de semana, mi actividad favorita es la tele*, dice Catalina Ruiz de Plata. Catalina, sin ninguna trayectoria ni herencia cultural de las establecidas por las jerarquías sociales, siete hijos, con escasa experiencia en la vida urbana, de procedencia semirrural pues ha crecido entre milpas a las orillas de la ciudad, sintetiza, sin embargo, la experiencia de las demás entrevistadas.

También hay que considerar la cualidad de migrantes de buena parte de la población urbana, de la que este pequeño universo es muestra significativa, ya sea por procedencia y origen, ya porque una buena proporción vive, de algún modo, en las grandes ciudades, la permanencia de lo precario, la dimensión antropológicamente inestable de lo social: individuos desorientados que se repliegan en el micromedio de pertenencia y en la familia, intensa y extensa —las redes amplias de

parentesco— lo que procura un campo de visión segmentado y un sentimiento de discontinuidad. Esto es propio no sólo de los desorientados; se podría decir que la desorientación es el resultado de diferentes formas de marginalidad y de la falta de arraigo y pertenencia, la de aquellos que no pueden seguir sin desconcierto y sin posibilidades *la guía para el pleno disfrute de la ciudad de México*.¹³

Por eso, tal vez, Verónica cuando cuenta sus experiencias urbanas dice que a ella le gustan *los lugares con historia...* aunque los conozca a medias y no los frecuente. En otros relatos, cuando se les pide que refieran los lugares conocidos de la ciudad, las citas son aquellos espacios (históricos) que han dado fisonomía a la ciudad a lo largo de los años y que ahora permanecen como islotes del pasado en medio de los cambios y transfiguraciones urbanas; enclaves de reconocimiento como el Zócalo, el Centro Histórico, Chapultepec, Xochimilco, Coyoacán y algunos museos.

Existe, pues, *la ciudad de las jornadas laborales*, con recorridos precisos y repetitivos, *la ciudad de la familia* en la que las redes de parentesco se superponen al espacio urbano y *la ciudad de los paseos*: el trabajo, la afectividad y el "ocio".¹⁴ Esta última, por lo general, como lo hemos ido viendo, es sobre todo la ciudad de los recuerdos para estas generaciones. Para los más jóvenes, una aventura no exenta de acechanzas que podría ser descrita como "la travesía". *Vivo en el sur de la ciudad, en Coapa... esto es lo que yo llamo mi ciudad, me siento extranjera... a veces viajo kilómetros para llegar a una fiesta o a ver una película*, cuenta Gabriela Hanono, estudiante universitaria, soltera, 22 años. Sofía Martínez (hija de Sofía A. de M., estudios de preparatoria, 23 años vive con sus padres y trabaja en la tienda de su madre) también vive en el sur y se desplaza por su ciudad, *las zonas que más conozco son por donde viven mis amistades, por ejemplo Villa Coapa, San Ángel, una parte de las Águilas, un poco de Tlalpan... he ido a veces al norte pero se ve todo tan descuidado que la verdad no dan ganas de volver ni de salir de excursión a conocer la ciudad...*

¹³ Guía de reciente publicación de Jorge Legorreta, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995.

¹⁴ Cabe aclarar que en el pequeño universo que he trabajado, hasta el momento, no existe *la ciudad de las movilizaciones* ni tampoco se manifiestan los espacios de congregación colectiva en los que de una u otra manera se expresarían las voces de la "sociedad civil", en cualquier nivel de su posible organización.

4. Ciudades en una ciudad

El lugar real de pertenencia es la colonia, el barrio propio. Porque los barrios de los ricos son feudos desconocidos y nunca transitados. Lugares exclusivos que se conocen de oídas.

Está pues el territorio de pertenencia, donde se vive y convive de algun modo con el entorno; los islotes tradicionales como reservas colectivas de la ciudad; y, finalmente, están los espacios de la exclusión donde viven los otros, "los que no son como uno", con sus límites y sus cercas, zonas de frontera, inaccesibles y marcando las jerarquías sociales y culturales: *lo propio y lo ajeno*.

Se trata ahora de ver, ante estos microespacios de transición entre lo público y lo privado, cuáles son las reglas que rigen los intercambios de vecindad, si siguen existiendo estas reglas y, en ese caso, cómo las viven las entrevistadas.

"La salida del ámbito familiar es un estado de exposición, es abrirse a la experiencia, al encuentro con lo imprevisible, con el otro, es no saber a quién se encontrará".¹⁵ Pero en el caso del barrio este temor está atenuado, porque como sea, se conocen de referencia las señales que prestan identidad a los miembros del grupo ampliado. Se sabe, sobre todo en las colonias populares de las de antes, con quién vive cada quién, cuáles son sus hijos y cómo es el movimiento cotidiano y con qué rumbo. Se sabe todo lo que se dice en el barrio y se propala como rumor que atañe a la vida privada.

Podríamos decir que el barrio y la vecindad es sitio de mujeres... la visita a los lugares del mandado, ir por los niños a la escuela, recorrer los tianguis. La ciudad como aventura y entrega a los espacios abiertos es territorio masculino; los espacios acotados y cerrados es lo propiamente femenino en el uso del territorio de estos sectores sociales.

Chela:

pues de la ciudad casi no conozco más que el barrio... Casi todo el tiempo estoy en la casa y como también antes todo el tiempo fue estar encerrada en la tintorería como que no me acostumbré a andar saliendo y después, *como que le tomé miedo a la gente*, no sé... Pensé que la gente me iba a atacar o iba a hacer algo quién sabe por qué, no sé si porque todo el tiempo estuve encerrada en la tintorería, como que *mi*

¹⁵ P. Mayol, citado en *Historia de la vida privada, op. cit.*, p. 118.

lugar era estar encerrada, porque nomás era de la casa al trabajo y del trabajo a la casa... Entonces agarré esa rutina... Pero por la colonia sí puedo andar...

Pero los casos varían; desplazarse de la colonia de pertenencia a otra en la gran ciudad es una verdadera migración, sobre todo cuando a lo desconocido se le suma el hecho de que cambian los códigos de clase y los estilos de vida. Romelia García, (34 años, casada con un pequeño comerciante, ama de casa, un niño de dos años, primaria de escolaridad):

aquí donde vivo ahora me siento muy aislada, la colonia como que es muy... cerrada, ¡ay sí! todo el mundo en su casa y, si ves, la mayoría de las señoras salen en su carro a dejar a sus niños a la escuela o al mercado... Conozco a los de al lado, son los únicos, pero de ahí en fuera no te conozco más y, sí, me siento bien aislada... Me gusta mucho por acá, el sur es muy bonito pero está lejos de mi familia.

La mayoría utiliza el barrio como lugar de residencia y espacio que limita sus acercamientos a la ciudad (el suburbio vivido en su significación más radical: "*para qué salir de aquí si aquí tengo de todo*"). Pero también hay que considerar que buena parte de las mujeres entrevistadas no guarda relaciones especiales, afectivas, con su entorno, ni participa de fiestas de la colonia o de rituales religiosos, de movimientos sociales o locales, o de formas de acercamiento informal con los vecinos: *Me engento todo el día, ya no quiero seguirle con los vecinos, puros chismes*, dice Catalina Ruiz de Plata. Si la ciudad se convierte progresivamente en lugar desconocido, tierra de todos y de nadie, la colonia, en muchos casos, es zona indiferente que no escapa a lo que llamaremos estados de alarma: como lo reiteran con alguna frecuencia, en cualquier momento hay que enfrentar la amenaza de las bandas, los rateros, la drogadicción o la violencia. Los principios del anonimato parecen regir los nuevos sistemas de seguridad a la vez que de este modo se insinúa una lenta extinción de las redes cotidianas de solidaridad. *Vives en un conjunto donde puerta con puerta hay gente pero no conoces nada de la vida de las demás personas, y no las conoces pero además no te importa, no te interesa. Eso es todo* (Sofía Alcalá de Martínez, habitante de un condominio).

El temor a la impersonalidad de los lugares abiertos, la concepción de la hostilidad de la vida urbana, los sentimientos de anonimato y el "engentamiento", son todos rasgos que de algún modo remiten a la falta de pertenencia y de identificación con los espacios urbanos. María Elena Sepúlveda (arquitecta de 28 años, soltera, vive con sus padres) como otras jóvenes de su edad o menores, refiere estos estados de incertidumbre: "*me gustan los lugares tranquilos... porque yo me desespero mucho*

cuando oigo mucha gente..." Algo similar dice Verónica; el hecho de ser vendedora ambulante no la tranquiliza: *siento raro... ahora sí como que la calle... me da miedo...*

Aunque no me detendré en sus ideas, en este punto me gustaría aludir a lo que Goffman denomina *estados de alarma* porque se trata de un rasgo acusado en la mayoría de las entrevistas y aparece en numerosos planos de los relatos.¹⁶ Estas situaciones que sugieren un temor confuso y, en especial, la necesidad de responder con mecanismos de defensa a amenazas reales o imaginarias abarcan simultáneamente dimensiones explícitas (las que de algún modo pueden ser verbalizadas) como aquellas que pertenecen al registro de lo inconsciente y que aparecen en entrelíneas o en las propias acciones de las protagonistas replegándose en ámbitos interiores. Ante el estado de alarma y la necesidad de restablecer mecanismos de equilibrio con el ambiente, el contacto con los demás (que podría ser una de las posibles definiciones del espacio público) se restringe al máximo porque los otros, los desconocidos que pueblan la inmensa ciudad, así como las distancias y la abrumadora fragmentación urbana, se convierten en motivo de desconfianza, cansancio o desaliento. Este es apenas un apunte de los llamados estados de alarma que reaparecerán como pinceladas o mínimas señales más adelante.

5. *Tiempos de vida: intersticios*

"Hacer de la necesidad virtud", se dice con frecuencia; en términos mexicanos, la traducción sería: "de lo perdido lo que aparezca". Habría, pues, *un gusto de necesidad y un gusto de lujo, un gusto que se celebra en la posibilidad abierta de elecciones y un gusto que es el resultado de la privación de la posibilidad abierta de elecciones*. En este último caso, como es dable advertirlo en nuestro universo, se produce continuamente la transmutación de las necesidades en estrategias, de las represiones en preferencias, y "engendra, fuera de cualquier tipo de determinación mecanicista, el conjunto de 'elecciones', constitutivas de *estilos de vida* (...) que obtienen su sentido, es decir su valor, de su posición en un sistema de oposiciones y correlaciones".

¹⁶ Por cierto, debo aclarar que utilizo estas ideas con cierta libertad. Para un análisis en profundidad de este tema puede consultarse el capítulo 6, "Las apariencias normales", del libro de Erving Goffman, *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Alianza Universidad, Madrid, 1979.

"El gusto", escribe Bourdieu en relación a los sectores populares, "es *amor fati*, elección del destino, pero una elección forzada, producida por unas condiciones de existencia que, al excluir como puro sueño cualquier otra posible, no deja otra opción que el gusto de lo necesario".¹⁷ "No habré de querer aquello que no puedo tener", se suele pensar, decir o sentir; las versiones son variadas: *quiero aquello que puedo tener; es más: me contento con lo que tengo, ¿no? por empezar, que tengamos para vivir, poder educar a los hijos, tener salud*, explica Susana Salazar (30 años, casada con hijos; convive, como en otros casos, con la familia extensa); poder vivir al menor costo, es decir, sobrevivir.

Te voy a decir una cosa (cuenta Chela) casi no me gusta andar mucho así de paseo... entonces casi no salgo... Como toda la semana ando ya sea lavando, planchando, sacando los pájaros, entonces, para mí, sábado y domingo son días de descanso, dejo que los niños hagan lo que quieran y como hay películas los domingos en la televisión, pues me acostó a ver la tele.

Las culturas de la privación, o que podríamos designar apelando a un vieja noción antropológica, *las culturas de la pobreza*, no solamente marcan a fuego y excluyen a los practicantes de casi toda y cualquier esperanza; están ahí —como la violencia inerte de las cosas— y viven a expensas de un sentido común compartido por vastas comunidades que a menudo establecen cadenas de complicidad con los propios sistemas que las marginan.

La idea del gusto es una idea típicamente burguesa porque está tan estrechamente ligada a la idea de libertad que cuesta trabajo concebir las paradojas del gusto de necesidad. Por lo tanto, piensa Bourdieu, el gusto por necesidad sólo puede engendrar un estilo de vida en sí, que sólo es definido negativamente por la *relación de privación* que mantiene con los demás estilos de vida.¹⁸ Emblemas electivos o estigmas... A falta de capitales culturales (pero también, como es obvio, económicos y sociales), a fuerza de vivir en los márgenes de una ciudad que se devora a sí misma y que margina a la mayoría, los gustos se convierten en esa condena (¿o en destino?) de la que hablábamos antes.

El universo se puebla de algunos datos que son significativos para comprender las prácticas de los marginados: *del tiempo libre ni me hables*,

¹⁷ Bourdieu, *op. cit.*, p. 177.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 178.

¿qué es el tiempo libre?, yo, descansar no descanso nunca, ando corre y corre todos los días.../ qué te digo, siempre encuentro algo que hacer, yo no me hallo si no tengo algo entre manos.../ pues ahorita que me está señalando eso, creo que nosotros no tenemos tiempo libre, porque siempre estamos trabajando; el negocio se abre de lunes a sábado, el domingo es el único día que podríamos descansar y tampoco salimos porque estamos agotados por las labores de la semana; entonces la única diversión que tenemos es la televisión y el alquiler de películas...

Lo que en inglés se denomina *sense of one's place*. Podríamos hablar, si queremos designar con mayor propiedad esta situación, de la existencia de un *tiempo intersticial*, el que se rescata con diferentes tácticas entre los intervalos que separan las múltiples actividades de reproducción y sobrevivencia. Estos tiempos intersticiales no se manifiestan solamente en los espacios cotidianos de la jornada semanal. Se instalan, de manera decisiva, en todos los espacios de vida, incluidos los fines de semana. *Programas que te pueda decir que veo diario, diario, en pedazos ¿no?... dice Verónica. Algo similar cuentan las demás entrevistadas: que yo esté mil horas viendo televisión, eso no; veo un ratito y en el anuncio me voy rápido y regreso...*

Indagar acerca de los usos del tiempo libre entre individuos pertenecientes a sectores populares produce efectos paradójicos. En primer lugar porque el contenido de la categoría, desde una perspectiva sociológica tradicional, alude al tiempo de vida liberado del trabajo. No es necesario volver a las teorías de la explotación para saber que, en nuestros países, la mayoría de la población vive en los fillos del consumo y sus rutinas están íntimamente relacionadas con las tareas de reproducción.

En el caso particular de este estudio, la intención, entre otras, fue aproximarnos a las representaciones de los protagonistas que a luz de los resultados ofrecieron elementos suficientes para producir una fuerte contrastación con las categorías sociológicas tradicionales. El tiempo libre, en estos grupos, se asume de una manera radicalmente diferente y es un intersticio, casi una dimensión invisible de los tiempos cotidianos. La invisibilidad es tanto mayor porque ese tiempo personal no es cuestionado y ni siquiera pertenece al registro de los derechos elementales. Como veremos, estos breves espacios existen en este universo, pero también veremos cuál es la proyección que se les atribuye y cómo se los vive.

¿Qué es lo que más le gusta hacer cuando tiene un tiempito para usted? —se le pregunta a Marcelina S. de Sánchez, empleada doméstica, viuda, 52 años y siete hijos. La respuesta surge sin vacilaciones, con espontaneidad...:

Ps, estar en la casa. *Por ejemplo, si estoy en la casa pues lavar, o este, barrer o lo que haga falta. No me gusta nomás estar sentada... Y por ejemplo, este, por ejemplo eso lo hago en sábado que tengo más tiempo y el domingo.* Toda la vida el quehacer que hay en la casa, sí y nada más eso. *Porque a mí no gusta salir a la calle a ver a las vecinas*

—¿No va a algún otro lado?— No, nada más con mis hermanas... o luego vamos al centro, con mis dos hijas. Vamos a hacer algunas compras de algo que necesitamos y ya...

Catalina Ruiz de Plata ofrece una versión similar:

El fin de semana pues me levanto un poco más tarde, ¿verdad? a las siete me pongo a barrer el jardín, a recoger la basura, a lavar trastes, a hacer el desayuno, eso hasta como las diez y media, once de la mañana, a esa hora desayunamos, y luego me pongo a lavar. A las doce del día hay veces que me pongo a ver la televisión con mi esposo, después como a las tres de la tarde me pongo a hacer de comer y más o menos como a las cinco comemos; después de comer vamos a *Aurrerá* o al tianguis que está ahí en Calzada del Hueso, vamos a comprar las cosas para la comida de toda la semana, luego llegamos a la casa, como a las seis y media o siete de la noche y nos ponemos a ver la televisión o luego voy a visitar a mi hermana Raquel y luego ya nos entretenemos ahí...

Una descripción mucho más decidida es la de Sofía Alcalá de Martínez, aunque la suya es una historia diferente a las anteriores porque pertenece a sectores medios con ciertas posibilidades culturales. Después de la minuciosa descripción de las rutinas semanales, cuando se le interroga sobre los itinerarios de sábados y domingos afirma enfáticamente:

bueno, los sábados los dedico definitivamente a limpiar la casa... y también voy al mercado; normalmente voy al mercado de aquí de Revolución, pero cuando no puedo voy al de Coyoacán.... Ya en la tarde descanso en la casa viendo la televisión, también otro rato durmiéndome y eso es todo. Los domingos es casi lo mismo a excepción de que alquilamos una o dos películas de Video Centro y sobre todo las series de misterio, a mí me gustan mucho las de misterio, las de asalto, las de nota roja...

Cabe señalar que el resto de las entrevistadas, adultas y algunas jóvenes, tiene rutinas semejantes. Todas las familias poseen videocasetas y, muchas, sistemas de cable; están asociadas a varios videocentros y dedican buena parte del fin de semana (cuando no de la semana laboral) a ver películas rentadas o sencillamente a los programas convencionales de la televisión.

Los itinerarios de las generaciones jóvenes, como es obvio, son diferentes, y aunque las jornadas laborales suelen ser igualmente duras, los resquicios de tiempo, sobre todo los fines de semana son utilizados para el encuentro con amigos o novios, actividades deportivas, idas al gimnasio o al yoga y, sobre todo, el paseo obligado por los centros comerciales. Entre estas generaciones hay que distinguir, sin embargo, el peso de las

condiciones socioculturales en cuanto a la posibilidad de seleccionar trayectorias. Así es como Susana Sánchez, que habita en el Cerro del judío, cuenta sus travesías por el centro con su familia para ver escaparates y mercancías, y en el barrio le gusta salir a fiestas y tardeadas o a jugar basquetbol, reunirse con sus amigos y su novio; Rebeca Castillo, habitante de la Condesa, de otra clase y nivel cultural, prefiere ver museos, salir a bares y cafés, ver una que otra función de teatro, cine de arte y pasear por lugares de culto del Centro Histórico.

Sobre estos aspectos, los relativos a los jóvenes y sus trayectorias en el "tiempo libre", habrá que trabajar con mucho más detenimiento en etapas posteriores.

6. *La cultura en los espacios domésticos*

No estar sola: conexiones

Casi todas las familias entrevistadas, incluidas las de menores recursos, tienen un equipamiento de tecnologías de comunicación que, en la mayoría de los casos, no guarda proporción con los ingresos ni los estilos de vida. Las diferentes casas presentan un trazado interior similar en lo relativo a la disposición de las tecnologías audiovisuales. Son espacios saturados por las máquinas de comunicar, así como pueden faltar otros objetos de uso cotidiano y tener los muebles imprescindibles, de diseños corrientes, para las rutinas de todos los días. Lo primero que resalta es que no existen espacios habitables que no estén poblados de algún medio de comunicación: radio, grabadoras, *walkmans*, equipos de sonido, televisión y vídeo casseteras (en ocasión hasta computadoras para los vídeo juegos). Estas terminales de enlace con el mundo no sólo son implantadas en los lugares colectivos de reunión (la sala y/o el comedor) sino que diagraman los espacios individuales de los diferentes integrantes de la familia (nuclear y extensa).

La casa se transforma en una base de múltiples pantallas y de otras terminales de comunicación, en especial la radio. La saturación de los espacios y los tiempos definen los nuevos circuitos domésticos. Existen pocos resquicios para otra comunicación que no sea la pautaada por los medios. Sobre todo, entre las generaciones jóvenes, aunque no sólo ellas, se manifiesta una recurrencia permanente a estar conectadas a lo otro, al mundo, a algo, alguien que habla sin interrupciones. Las tácticas empleadas entre las jóvenes mantienen una fuerte regularidad: no dejar ámbitos libres sin la presencia de lo exterior o de algo que suene: cierta

publicidad, unos relatos, unas canciones. Casi todas las rutinas del día, aun las más elementales: despertarse, trabajar, estudiar, alimentarse, dormir, están marcadas por estas presencias.

En relación a estos aspectos no existe diversidad en los hábitos de las diferentes familias de este universo, ni tampoco en los modos de empleo de las tecnologías por parte de las mujeres de diferentes edades. Es posible deducir que esta configuración cultural es un espacio de convergencias de hábitos y costumbres de extendidos segmentos de la sociedad, superando en ocasiones las fronteras sociales, generacionales y culturales.

Por ello no resulta extraño que las jóvenes de diferentes categorías sociales expresen una cierta ansiedad a la hora de elegir o buscar "algo para ver": existe una suerte de inconstancia en el acto de la búsqueda que las lleva a la aventura de recorrer uno y otro canal hasta dar con "algo". En este tipo de aventura, en la que el *zapping* cumple un papel esencial, lo que se cancela o al menos se neutraliza es el acto mismo de escoger, de elegir. Sin embargo, hay canales desechados por la mayoría —los culturales. Finalmente la búsqueda se reduce a los espacios de los canales privados, particularmente los de Televisa. Catalina Plata (hija de familia, estudiante de un curso de belleza, 18 años): *O sea, yo nunca estoy viendo una cosa, sino que lo pongo en algún canal y lo estoy cambiando y cambiando, ando paseándome por toda la televisión hasta que encuentro algo, pues me gusta estar viendo, o sea, pongo un canal y me quedo viendo lo que haya...*

María Elena se refiere a diversas series y películas, pero tampoco demuestra "preferencias": *no sé por qué será pero nada más veo el principio y si lo veo interesante lo sigo viendo y si creo que ya es muy simple pues le cambio o me voy a dormir...*

María Elena no demuestra demasiadas diferencias en relación a los gustos televisivos de su familia y de otras mujeres del menor nivel cultural. Una constante es "ver todo" cada vez que alguien se queda "prendido" o "clavado" en algo; casi como atrapadas por un impulso del que no pueden sustraerse. María Elena ve *Chiquilladas*, también *Llévatelo* y otros programas de juegos y concursos. En general *se deja llevar* por la *inercia* del ritmo televisivo de la familia y comparte ese ritmo con pocas críticas, más allá de que algunas cosas "no le llamen la atención..." No hay en todo caso otro juicio de valor que esta aproximación.

Esta condición aleatoria de la "elección" es casi una respuesta automatizada a las estrategias culturales de fragmentación de los espacios

promovidas por los medios que se atienen, podríamos decir, a la misma fragmentariedad de las rutinas cotidianas. Estamos ante una situación de intercambiabilidad, de elección condicionada, o de manera más precisa, del azar.

Como dice Sofía Martínez,

por la mañana me gusta poner la televisión más o menos de nueve y quince de la mañana a eso de las diez y treinta que es cuando ya me tengo que ir a la tienda. Cuando regreso a la casa, a eso de las seis y media, prendo la televisión para poder ver y entretenerme mientras me sirvo la comida... *La verdad no soy de esas personas que les gusta seguir todos los capítulos de algún programa o de alguna serie, yo le pongo donde caiga, ya sea una comedia de canal 2 o un programa del 5.*

Es que ¿sabes? —dice Rebeca Castillo— (estudiante de biología, 22 años, vive con sus padres, hija de una familia de clase media de cierto nivel cultural de la Condesa), los programas de radio y la televisión son un vicio en esta casa. La tele casi todo el día está prendida. Entonces, haz de cuenta, mi maná está aquí en las mañanas y ve sus concursos, quién sabe qué... Luego llega Juan Pablo de la escuela y ve toda la tarde sus caricaturas. Entonces toda la tarde, pues, es la hora de la comida, y ya llegan todos los demás. Y, ¿entonces que ven? Pues María Mercedes, pero antes otras telenovelas, desde las seis. Son también una 'mafufada' pero me gustan...

El vagabundeo a través de los canales confirmaría la hipótesis de que no existe una selectividad previa, esquemas de selección o interpretación que permitan definir una escucha reflexiva. El *zapping* es uno de los recursos más socorridos para buscar la sorpresa en estas vías rápidas de lo audiovisual; los sistemas de selección tienen un alto grado de aleatoriedad y a veces de azar, entendiendo una y otra cosa como las formas en que se admite y elige lo que se tiene o de lo que se dispone. Dentro del repertorio cotidiano existiría ese margen de libertad de elegir aquello que ya fue elegido como elegible o posible. Este es un mundo en donde las opciones se estrechan aunque disimuladas por estas búsquedas individuales que parecen indicar una predilección, una preferencia, y que no indican otra cosa sino que la elección es condicionada y, que como tal, define un campo restringido de acción. La restricción de los códigos que actúan como censura sobre los universos posibles o sobre la multiplicidad de opciones de la cultura es doble y se manifiestan en un doble sentido: el de los canales y la programación y el de los usuarios. Por un lado están los códigos que manejan los medios audiovisuales suprimiendo de tajo todo aquello que perturbe el sentido común —ya sea lo ordinario o lo extraordinario— mediante recursos retóricos que aferran el mensaje

a lo ya conocido, a las reglas del género, a mecanismos que subrayan efectos de realidad o que de plano exhiben lo "sobrenatural" de este mundo. Por el otro, están los códigos restringidos de los usuarios y sus diferentes competencias culturales que se pliegan casi inconscientemente, por esos estados de inercia de lo que hemos hablado, a este universo en el que se ha producido un desplazamiento hacia lo otro, lo diferente, la diversidad, lo radicalmente extraño o la solución imprevisible.

Es otra familia la que empieza a instituirse con los trazados electrónicos. Como hemos visto, en todos los relatos recolectados en el trabajo de campo tanto la concentración como la sucesiva dispersión de los individuos está ligada a prácticas de escucha de diferentes medios audiovisuales. La combinatoria es múltiple, pero puede ser registrada en unos pocos modos de empleo de las máquinas de comunicar. El despertar, la salida de todos los días, está acompañada por las noticias de la televisión, los concursos y los programas radiales. El trabajo pone en suspenso estas rutinas hasta que se produce el regreso paulatino, escalonado, de los diferentes miembros de la familia que se van integrando, también paulatinamente, al círculo íntimo que implica, en la mayoría de los casos, las tareas intramuros —sea el estudio o el quehacer dentro de la casa— y el encuentro con los demás en los rituales cotidianos de la reproducción desdoblados, esta vez, por las pantallas domésticas. *Las escenas dentro de las escenas, el escenario del mundo dentro de casa.*

En familias grandes, la exposición a la televisión se realiza conforme los diferentes integrantes van regresando a la casa después de sus jornadas de trabajo. Así lo cuenta María Elena (aunque el suyo es un relato compartido por otras entrevistadas). En su familia cada uno se va integrando a los programas que ya están en el aire apenas llegan, o sencillamente prefieren otra opción y van a realizarla a su cuarto porque cada uno tiene su aparato. En esta casa, como en otras de parecidas características, no hay momento del día que no haya encendida algunas de las redes de comunicación.

La atención es difusa y a veces concentrada, las rutinas del día se encabalgan con las rutinas electrónicas. Los horarios de exposición dependen de estas rutinas de reproducción para cada uno de los integrantes de la familia. Desde la mañana hasta la noche existen propuestas diferentes reguladas en relación con los horarios para cubrir, saturar todos los espacios: dice Verónica (dicen todos): *desde la mañana veo el noticiero Al despertar y de allí en más me sigo.*

Sin embargo, la programación televisiva no necesariamente reúne a todos los miembros de la familia. Es foco de atención compartida en muchos casos, pero la amplitud de los equipamientos, su presencia en las diferentes áreas de la casa, permite una escucha selectiva y un seguimiento personal. Así lo refiere Catalina Plata: *a veces te quedas sentada aquí en la sala viendo la televisión con todos los demás o muchas veces uno tiene el radio y el otro la televisión y, o sea, están las dos cosas o están las dos o las tres televisiones prendidas, cada quien viendo lo que quiere...*

Un rasgo predominante, más en los y las jóvenes que en los mayores, es lo que podría designarse como el temor al vacío. Si la ciudad, como lo vimos, es una ciudad habitable sólo en circuitos cortos que se definen por una que otra ida al cine, a algún café o a fiestas de amigos, la casa, aunque se la verbalice como "refugio" ante las incertidumbres urbanas, no parece ser, sin embargo, un lugar ajeno al riesgo o a la ansiedad. El riesgo, en este caso, es materia de difícil descripción, excepto si se lo toma, a título de aproximación fenomenológica, como un rasgo del comportamiento cotidiano que por su regularidad puede ser objeto de una mínima clasificación dentro de lo que antes he designado como "estados de alarma" (que también pueden ser concebidos como estados de angustia y soledad). El uso de las terminales domésticas de un tiempo a esta parte, un tiempo que se acorta con la velocidad de reconversión de las tecnologías, llega a adquirir el valor de sistema terapéutico ante los sentimientos de soledad, de aislamiento o de simple vacío que parecen engendrar las rutinas cotidianas y la repetición de hábitos y costumbres. Es, tal vez, también, esta saturación por imágenes y sonidos, la posibilidad de establecer un contacto ininterrumpido con otras esferas y otros personajes: un otro que calma la intranquilidad que surge de los propios ambientes familiares y de la hostilidad, verdadera o imaginada, del medio, de la sociedad. Esta sensación, a veces difusa y que no logra decir su nombre, parece guardar una cierta intimidad con la pérdida de ciertos estilos tradicionales de vida, más cercanos a formas interpersonales de comunicación.

Catalina Plata:

"Yo escucho radio para oír musica, para entretenerme, para sentirme bien, ora sí que para que me acompañe en todo lo que haga. Desde la mañana está el radio o la grabadora toque y toque ... Ya a la noche siempre me duermo con el radio prendido. Para lo que yo vaya a hacer pongo la música. Me encanta que el micro o la pesera o en lo que vaya lleve radio prendido, si lo lle,,a en las noticias, que lo lleve en las noticias, o sea, donde lo lleve pero que lo lleve prendido... (se queja del tránsito y la lentitud del transporte) Yo con la música, yo como que me relajo y ya no se me hace

tan pesado ni tampoco me desespera. También pongo la televisión cuando como, o cuando desayunamos; cuando cenamos ponemos la televisión, cuando dormimos ponemos el radio y me duermo con el radio y en la mañana cuando despierto lo que primero oigo es el radio..."

Algo similar señala Susana Sánchez (hija de Marcelina S., 19 años, estudiante de preparatoria):

"vemos televisión cuando cenamos o estamos platicando, muchas veces aunque no la veamos está prendida. O sea, ya es una costumbre. Luego yo estoy haciendo mi tarea y de repente la veo ¿no? La televisión se prende en la mañana y hasta en la noche, hasta las 11, más o menos. Está prendida la televisión, no se apaga para nada. Aunque no se vea está prendida..."

Entre las generaciones mayores el relato es parecido aunque resurge lo que antes señalaba como una suerte de "estado de ingravidez". Dice Sofía A. de M.:

"la televisión me adormece, la veo a ratitos, a ratitos me duermo, y cuando me vuelvo a despertar ya está otro programa. Más bien la tomo como una compañía en las tardes para no sentirme sola, la prendo, la veo, la escucho y sé que todo está en calma".

La descripción de estos estados me recuerda algunas apreciaciones de Richard Sennett¹⁹ cuando habla del transeúnte urbano al que atribuye una especie de atención errante, o de atención flotante, puesto que deambula por la ciudad como suspendido o en estado de "suspensión". Lo que se suspende en estos casos, sostiene Sennett, es el sufrimiento del *yo* en medio de la multitud. Las redes audiovisuales, el ruido, los rumores anónimos, los personajes fugaces de las pantallas cumplirían un fin similar en esto de la abstracción o retracción del individuo. Porque en este sentido estas tecnologías operarían como máquinas que funcionan proporcionando disciplinas de la indiferencia. Como ya lo vimos, todo parece sugerir que la casa, la familia, no son siempre lugares para el retraimiento, la vida íntima o la soledad. O, en ocasiones, es el lugar de la máxima soledad. Si todos los individuos que analizamos se desplazan en lugares reducidos, varios de ellos superpoblados, en los que las demandas se reproducen sin cesar, la posible reclusión, como lo demuestra la gráfica descripción de las entrevistadas, se opera a través

¹⁹ "La ville á vue d'oeil. Entretien avec Richard Sennett", en *Esprit: Dans la jungle des villes*, París, junio, 1994.

de estos espejos centelleantes que absorben y permiten los estados de retraimiento, de encuentro con uno mismo. Es decir, son islotes que protegen esa intimidad asediada, por falta o por exceso de los otros; islotes de reencuentro con unas imágenes, aun un ruido, algo que suena y evita la *desesperación*, o permite *soñar* en última instancia, más allá de la familia real y próxima. *En cada una de estas situaciones, el televidente, el escucha, el individuo, pone en suspenso actividades y rutinas, proximidades físicas y afectivas, se pone en suspenso a sí mismo, deteniendo el flujo de los ritmos y sintaxis cotidianos, abriendo una brecha (un paréntesis) para que irrumpa lo extraordinario dentro de lo ordinario de la existencia.*

En este punto cabría distinguir dos disposiciones en ese estado oscilatorio, fluctuante: las travesías por diferentes formas de narración con su cuota de experimentación en lo desconocido o poco conocido —un *allá* que no requiere desplazamientos; antes bien llega al encuentro de uno— y la inercia de un acá que es el horizonte de vida que se prolonga, sin demasiadas mediaciones, en el espejo de las pantallas. El estado de inercia es otra de las constantes de estos relatos. Se relaciona de algún modo con lo que podríamos llamar miedo al vacío y que tiene que ver con la soledad de la casa aunque esté atestada, la soledad del practicante de estos espacios exiguos y monótonos.

"No sabemos estar sin tele o sin radio... antes dejábamos la grabadora prendida, ya que se me dormían, si me recordaba, la apagaba, y si no se quedaba hasta el otro día, como que te arrulla... porque aquí en esta casa siempre estamos acostumbrados a tener un ruido, si no, se oye la casa muy vacía, mucho silencio, así como que todo está muy solo..." (Verónica).

Cuando la ciudad se vuelve extraña, cuando se desvanecen los sentimientos de pertenencia y la afectividad no coloniza ni explora los lugares, cuando los "lugares ya no hacen soñar" y se experimenta la ruptura de los lazos sociales, entonces la televisión hace las veces de vínculo social, o simula restablecer las redes que individuos "desorientados" creen haber perdido (o han perdido) con la comunidad. En buena medida, lo que cambia son las dimensiones del territorio real: se produce una suerte de achicamiento de la ciudad que es recortada por las trayectorias, los itinerarios y recorridos de sus habitantes en espacios fragmentados, en lugares de trabajo y escasos ambientes de reunión. Pero este achicamiento podría decirse que es compensado por una especie de ampliación del territorio cercano. Es la propia idea de territorialidad, los límites territoriales como cuestión eminentemente antropológica, lo que está en juego.

La revaloración del territorio cercano es, como lo hemos visto, una visión de la colonia y, en particular, de la casa, como una nueva idea de lo urbano, esta vez sometido a la necesidad de encontrar las cosas familiares, visibles, humanas ante la impersonalidad de la ciudad y su capacidad de expulsar o de marginar a sus propios habitantes. En este nuevo lugar, soñado, vivido, que propician las tecnologías de la imagen, se produce un desbordamiento del mundo, las redes desbordan el territorio cercano, lo trascienden, lo llenan de efectos de realidad, más o menos perversos, en la medida que allíacá-algo-habla-, unas imágenes cuentan el mundo, unos dispositivos de mediación actúan sin cesar difiriendo lo real, elaborando un doble que permite eludir o neutralizar el mal, el caos del mundo, el ruido ajeno, la posible violencia.

Estos son algunos de los trazos que podemos vislumbrar en los relatos de vida de algunas mujeres, habitantes de la ciudad de México. Seguir las curvas de estos trazados requeriría un trabajo más extenso que tal vez se podría desarrollar a partir de estas conjeturas que nos permitan acceder a nuevas conjeturas para aproximarnos a ese universo en el que las culturas de la imagen, como enclaves domésticos, diseñan los nuevos espacios de reclusión en las sociedades modernas. Los alcances de estas ideas permanecen, por el momento, en una cierta indeterminación. Resta, por lo tanto, un trabajo detenido, minucioso, de las minucias de la vida cotidiana para poder comprobar las repercusiones de las nuevas prácticas culturales y el papel de las mujeres en estas topografías en las que se dibujan algunas de las significaciones relevantes —o sólo, tal vez, las más persistentes— de una época.